

Feliz como un niño que pinta



trampa

Feliz como un niño que pinta

Arno Stern

Con el testimonio fotográfico de

Peter Lindbergh

Prefacio de
Albert Jacquard

Traducción de
Robert Juan-Cantavella

Título original: *Heureux comme un enfant qui peint*

Arno Stern
Fotografías de Peter Lindbergh
Prefacio de Albert Jacquard

© 2005, Éditions du Rocher
© 2019, de la edición en castellano para todo el mundo:
Trampa ediciones, S. L.
Vilamarí, 81, 08015, Barcelona
© 2019, Robert Juan-Cantavella, por la traducción

Revisión de la terminología empleada por Arno Stern:
J. Miguel Castro

Trampa ediciones apoya la protección del *copyright*.
Respetar el *copyright* es tan sencillo como pedir permiso antes de reproducir,
escanear o distribuir cualquier parte de esta obra. Pregunte o bien
diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-949140-4-1
Depósito legal: B-23.514-2019

Diseño y maquetación: Edimac

Impreso en BookPrint (Barcelona)

ÍNDICE

<i>Prefacio</i> . Placer y pintura, por Albert Jacquard	13
---	----

PRIMERA PARTE

NIÑO QUE PINTA, NIÑO SERENO

1946	17
Cuando los niños son pequeños	19
Hace ciento cincuenta años...	22
Las buenas ideas de los otros	26
Lo posible y lo necesario	29
En el Closlieu	33
Las imágenes de la razón	102
De las <i>Figuras Primarias</i> a las <i>Figuras Esenciales</i>	107
Una nueva mirada al trazo	123

SEGUNDA PARTE

EL GESTO Y EL TRAZO

El gesto del placer cándido	129
El giro: el gesto de los deseos sabios	145
La Formulación revelada	177

FELIZ COMO UN NIÑO QUE PINTA...

... pues el acto de trazar forma parte de las necesidades fundamentales del ser y en cada uno de nosotros reside la disposición para afrontarlo. El hecho de lograrlo comporta un placer sin igual.

LIBRE COMO UN NIÑO QUE PINTA...

... pues al trazar, el niño toma conciencia de sus facultades, gana seguridad en sí mismo, vive la experiencia de su autonomía.

CAPAZ COMO UN NIÑO QUE PINTA...

... pues el juego con el trazo está a la medida de cada niño, que más allá de la propia actividad, desarrolla capacidades insospechadas.

SERENO COMO UN NIÑO QUE PINTA...

... pues en grupo, la actividad es distinta al dibujo ocasional. Permite autoafirmarse entre los otros sin compararse con ellos. Cuando la hoja que acoge el trazo no se considera una obra para admirar y juzgar, la emisión queda liberada de toda especulación y el niño alcanza una gran serenidad.

VIVAZ COMO UN NIÑO QUE PINTA...

... pues a través del juego de trazar el niño construye un mundo —su mundo— reflejo de sus preocupaciones, de sus experiencias y sus sueños.
El trazo es el flujo de la vida.





Prefacio

PLACER Y PINTURA

Aquí se trata el más impenetrable de los misterios, la construcción de una persona por sí misma.

Un niño nace. Es una cría de la especie *homo sapiens* que ha recibido toda la información necesaria para crear sus órganos, hacerlos funcionar y asegurar su cohesión. No obstante, su destino es distinto al de las otras crías nacidas con una dotación genética prácticamente igual. De este modo se convertirá en persona, a partir de esa capacidad para añadir al ser la conciencia del ser, la capacidad de ser un agente activo en la construcción de su propio devenir.

Esa metamorfosis, ejecutada en el individuo por la naturaleza, no puede ser fruto sino de encuentros. Es decir, de la educación, entendida como una *salida de sí mismo* y no como un proceso de enseñanza que se limite al conformismo de un saber preestablecido.

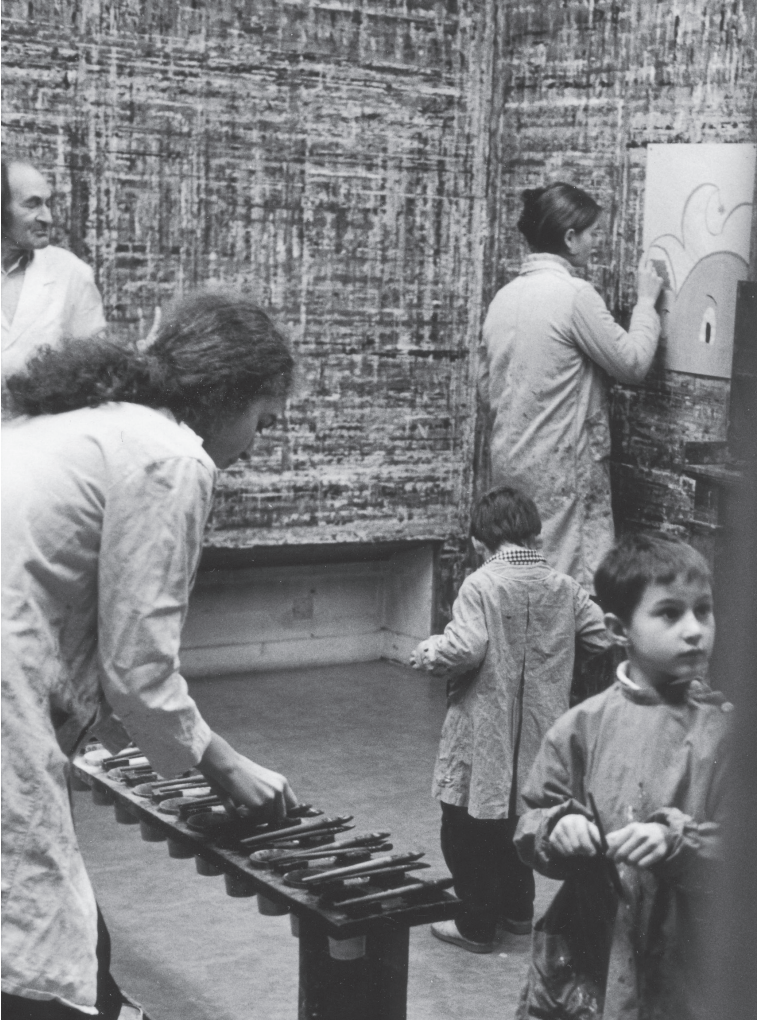
Entre los encuentros necesarios, el más extraordinario es el encuentro con uno mismo. Un movimiento de autoconstrucción que desafía la lógica, ya que la flecha causal que describe el proceso tiene un punto de llegada idéntico al punto de partida. Hoy en día, sabemos que la «generación espontánea» de los seres vivos es una ilusión. Pero la generación espontánea del «yo» es aún más misteriosa. Requiere de una alquimia sutil de imposiciones aceptadas y de libertad reivindicada.

La expresión a través del dibujo —la forma, el color— es uno de los momentos de ese encuentro con uno mismo. Situar-se ante la hoja en blanco es más vertiginoso que situarse ante el espejo. Arno Stern ha sabido observar este vértigo con una sensibilidad que solo ha sido posible gracias a las rigurosas condiciones del Closlieu. Las reflexiones que esta experiencia han propiciado serán muy valiosas para todos los educadores.

ALBERT JACQUARD

PRIMERA PARTE

NIÑO QUE PINTA, NIÑO SERENO



1946

Cuando después de la última guerra entré en un orfanato en el que me habían ofrecido trabajo yo tenía poco más de veinte años. Debía ocuparme de los niños huérfanos —de entre cinco y quince años— después de sus horas de clase. Primero me asignaron un espacio en el granero y, más tarde, una vieja cuadra separada de la casa principal.

Conseguir materiales para lo que se llamaban «trabajos manuales» no era sencillo. Tras los años de ocupación todo era escaso, hasta el papel. Les hice recortar cajas de cartón, les hice modelar arcilla. Pero lo más satisfactorio y sobre todo lo más cómodo era dibujar, porque el dibujo no necesita de un equipamiento especial, basta con sentarse en el suelo con un cartapacio sobre las rodillas.

Empecé con lápices, minas de colores y papel que reciclábamos. Hasta que un día, en un paquete enviado por una organización benéfica americana, encontré unos pequeños botes de pintura y unos pinceles. Los puse enseguida en manos de los niños... y ¡fue la locura!

Más tarde pude comprar botes de aguada y aquel juego de la pintura fue ganando peso hasta convertirse en la actividad preferida de los niños. Estaba programado que vinieran al taller a ciertas horas y en grupos pequeños. Pero muy pronto me vi desbordado: limitar de ese modo el ímpetu de los niños resultó

imposible. Algunos no querían ni siquiera irse a dormir y a veces incluso el director acudía a apagar la luz del taller para poner fin al juego.

Yo no pintaba. Mi función consistía en poner las hojas, guardar en orden los cuadros terminados y cuidar de que no faltase nada. Por la noche, cuando los niños se iban a la cama, revivía todos los gestos de la jornada y acababa embriagado de tantas imágenes; imágenes que había visto nacer y conservaba en mí.

Unos años más tarde, tras dejar aquel trabajo, abrí en la ciudad un taller en el que acogí a muchos niños, grandes y pequeños, así como a personas que ya no eran niños pero conservaban las ganas de jugar libremente y venían dispuestos a olvidar sus preocupaciones y a eliminar todo cuanto les habían enseñado sobre la manera de enfrentarse a la pintura. Fue así que lograron recuperar su espontaneidad. Tomándose el juego en serio, felices también por compartirlo con los pequeños.

Así es como nació el Closlieu.